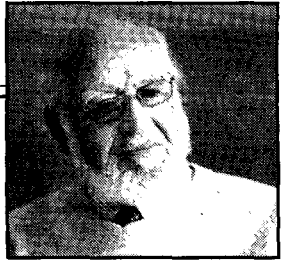


# Vivencias y Confidencias

CRÓNICA PERSONAL

por ENRIQUE DOMÍNGUEZ MILLAN



## Carretería peatonal (a tiempo parcial)

Se habla mucho en Cuenca de convertir su vía principal, la famosa Carretería, en calle peatonal. El tema se ha hecho polémico. Abundan los partidarios de llevar a cabo esta innovación, pero no son menos abundantes los que consideran que es mejor dejar las cosas como están, ya que el cambio generará, en su criterio, nuevos problemas. Incluso se han hecho o se están haciendo ensayos consistentes en cerrar Carretería al tráfico rodado en determinados días y a determinadas horas para comprobar sobre el terreno los efectos de tal medida. Ignoro las consecuencias que defensores y opositores hayan podido deducir de estos experimentos. Por mi parte, me van a permitir que no me pronuncie ni a favor ni en contra. Me faltan los datos esenciales y sin ellos resulta arriesgado e inconveniente adoptar una postura en uno u otro sentido. Yo puedo hablarles de mi experiencia personal, pero es una experiencia que, al referirse a otro tiempo y a circunstancias muy distintas, carece de valor y no puede razonablemente servirme de guía.

Seguramente no serán muchos los cuenqueses que lo recuerden, pero es lo cierto que hubo unos años en que Carretería -entonces avenida de José Antonio- se hacía peatonal todos los días durante unas horas, a partir de las seis o las siete de la tarde. Fue en la década de los años cuarenta del pasado siglo. Y la medida no fue circunstancial sino que tuvo una vigencia prolongada.

Subrayemos que la ciudad de entonces difería mucho de la actual. Difería en extensión y en población, reducidas ambas magnitudes a poco más de la mitad de las que hoy ostenta nuestra capital. El número de vehículos, en comparación con el que circula cada día por las vías cuenqueses, era casi irrisorio. El mayor y el mejor comercio se concentraba en Carretería y a él acudía, las gentes de las distintas barriadas para hacer sus compras. Por supuesto, acudían a pie, ya que el barrio más alejado del centro sólo distaba unos pocos centenares de metros. También las costumbres eran muy diferentes a las de ahora. Había escasos lugares de reunión o de esparcimiento y todos se situaban en Carretería o en su entorno más inmediato. Estos lugares -café, bares y cines- no estaban al alcance de todo el mundo y mucho menos en aquellos años de la posguerra en que la mayoría de las familias soportaba las restricciones propias de una economía de mera supervivencia.

Pero toda sociedad necesita



Este año se ha cerrado la circulación de la calle en dos ocasiones./L.T.

«EL DAR UN PAR DE VUELTAS EN LA MASA RODANTE  
ACOMPAÑANDO A UNA PERSONA DEL OTRO SEXO PODÍA  
SIGNIFICAR, A LOS OJOS DE LOS DEMÁS, UNA ESPECIE DE  
COMPROMISO NO SIEMPRE DESEABLE»

interrelacionarse. Sus miembros necesitan verse y convivir, saludarse y conversar, intercambiar noticias y opiniones. Cuando esto no ocurre la sociedad desaparece como tal y se reduce a ser tan solo una suma de soledades. En aquellas circunstancias alguien tuvo la idea de hacer de Carretería ese lugar de encuentro y convivencia que los ciudadanos silenciosamente reclamaban. Cuenca requería un salón al aire libre en el que hacer vida social, a semejanza de lo que fuera el célebre salón del Prado en el Madrid del siglo XIX. Y este recinto abierto y descubierto no podía ser otro que Carretería.

La idea, fuese de quien fue-

ses, se hizo realidad por obra de quien podía hacerlo, que no era otro que el Ayuntamiento. A la hora fijada por el alcalde, la policía municipal procedía a cortar el tráfico. Desde la Plaza de Canovas (hoy de la Constitución) hasta la del Generalísimo (hoy de la hispanidad) dejaba de circular toda clase de vehículos. La calle pasaba de ser una vía a transformarse en un paseo. Mientras en las aceras se formaban corrillos y los comercios recibían y expelían clientes, en la calzada central se formaban dos columnas de paseantes que se movían en sentido contrario y se cruzaban en cada vuelta. Formaban en esta lenta procesión

jóvenes matrimonios, algunos llevando consigo a sus hijos menores; parejas de novios acompañadas y vigiladas por sus correspondientes carabinas; pandillas de chicos y chicas con total separación de sexos, y personas mayores, unidas por lazos de parentesco o de amistad, que practicaban el estimulante ejercicio del cotilleo.

No puedo evitar, al recrear aquellos días y aquellas horas estremecerme con el palpito de la nostalgia y volver a gustar el agrí dulce sabor de unos sentimientos que creímos perdurables y en gran parte fueron desvaneciéndose en el tiempo. Muchachos y muchachas teníamos

pocas ocasiones de estar juntos y casi ninguna de hablarnos sin testigos. Al Instituto -el único que existía en la ciudad por aquellas calendas- unos íbamos por la mañana y ellas iban por la tarde, o viceversa, de suerte que no hubiera posibilidad de encuentro en aulas o pasillos ni siquiera en los aledaños del edificio. El paseo de Carretería nos permitía, al menos, vernos y si acaso intercambiar algunas palabras. Todo con mucha cautela y mucho comedimiento. El dar un par de vueltas en la masa rodante acompañando a una persona del otro sexo podía significar, a los ojos de los demás, una especie de compromiso no siempre deseable. Naturalmente, también podía ser el inicio de una relación más estrecha. De aquel paseo provinciano salieron numerosos noviazgos y no pocos matrimonios, casi tantos como los precedentes de los indefinibles 'guateques' domésticos.

Lo que, con la perspectiva que dan los años, resulta más enternecedor es evocar el juego de las miradas que entonces practicábamos. Los ojos lo decían todo, en un lenguaje sin normas gramaticales, pero de una elocuencia insuperable. Al cruzarse en aquel pausado y expectante girar, se enredaban las miradas componiendo un mudo coloquio que englobaba toda la gama de pasiones: amor, odio, desprecio, anhelo desesperanza, ilusión, humildad, altanería, deseo, reto, sumisión y un etcétera tan largo como puede albergar el alma humana. Estoy seguro de que, independientemente del rumbo que el destino haya impuesto a nuestras vidas, muchos de los adolescentes de entonces conservamos grabado en la memoria el brillo de una de aquellas miradas que el paso del tiempo no ha logrado borrar.

¿Cómo será, si es que llega a hacerse realidad, la nueva Carretería peatonal? Dejando a un lado los aspectos meramente físicos y funcionales, resulta difícil contestar a esta pregunta. La peatonalidad -perdón por el vocablo- de aquella Carretería que estamos evocando tenía una proyección social de relación y convivencia que actualmente parece innecesaria, sobre todo para los jóvenes, acostumbrados a disfrutar de las promiscuas y libérrimas noches de 'botellón' y discoteca. Tal vez propicie la aparición de fenómenos colectivos impredecibles de antemano. ¡Quién sabe! En este mundo todo evoluciona, todo se altera, todo se cambia. Lo único que, en el fondo, no en la forma, nunca cambia es el catálogo de pasiones que anidan en el hombre.